

Repensar los modelos y análisis de la sociología.

La evolución de la moda y las formas autopoieticos

Sebastiano Nucera

University of Messina (Italia)

Resumen

El acercamiento funcionalista al fenómeno moda muestra que ésta comprende una dimensión sociológica fuerte de la cual es imposible prescindir si se quiere delinear de manera completa posible un cuadro exhaustivo de una institución compleja y antigua al mismo tiempo, que es la moda y su desarrollo en la sociedad humana. Por eso estudiar su evolución de manera retrospectiva pone en evidencia el vínculo existente entre el grupo socio-cultural y esta modalidad expresiva. La moda representa un tema que se puede analizar en niveles diversificados y a su vez se puede descomponer en teorías que a menudo casi no se puede complementar. Esta paradoja es debido a un abuso semántico del término y a una fraccionabilidad de este tipo de comunicación. Es decir, hablar de moda significa expresarse sobre argumentos que van desde la sociología a la filosofía, desde la arqueología a la geografía, desde la economía a la estética. La idea presentada en esta comunicación es que, en realidad, paralelamente a un análisis consoctivo calibrado existe por lo menos otro que privilegia las dinámicas de la evolución de la moda a partir de la mera necesidad de cubrirse. Seguramente no es idea innovativa a pesar de que no se mida en una variable histórica, ecosistémica y cultural con otras perspectivas de investigación. Una cuestión de este tipo nos impone volver al pasado ¿ desde cuándo el hombre ha iniciado a cubrirse? ¿cómo se ha pasado de la simple vestimenta a formas más elaboradas de tejidos? ¿cuáles han sido las dinámicas que han llevado a la moda a una evolución de diferentes matices y tan lejos del nativo? Esta comunicación tendrá el objetivo no sólo de contestar a estas preguntas si no utilizando también ideas de la sociología estrechamente relacionadas con la arqueología, la genética de la población y la paleontología.

Probablemente no existe ningún campo de investigación científica que no esté basado en las distintas teorías sobre nuestros orígenes. Y es precisamente a partir de aquí que toma forma todo el programa temático de este trabajo, que pretende analizar el fenómeno de la moda a través de un análisis retrospectivo y cronológico.

La moda constituye, ciertamente, un tema analizable a niveles diversificados que, a su vez, se pueden descomponer en teorías que a menudo resultan poco complementarias, o incluso antitéticas. Esta paradoja puede deberse a un abuso semántico del término, o a que el fenómeno que sirve de argumento a este ensayo sea realmente fraccionable. En otras palabras, hablar de moda significa expresar argumentos diferentes, que van desde la sociología hasta la filosofía, desde la arqueología a la geografía, desde la economía a la estética. En nuestro caso, las dinámicas que afectan al fenómeno de la moda serán aquellas referidas a la percepción funcional y a las jerarquías de carácter social consecuencia de

la misma, pero, sobre todo, se intentará encuadrar el objeto de análisis dentro de un marco innovador que explore, no solo el objeto en sí mismo, sino también las dinámicas que lo han hecho sustancialmente posible. Además, considerando todo lo anterior, la moda puede ser un indicador sobre los valores, los usos, el consumo, las costumbres, las reglas colectivas, o las inclinaciones sociales; por tanto, es preciso y oportuno indicar que en este breve ensayo nos ocuparemos de la evolución de la moda referida al cambio en las tecnologías utilizadas para su producción, en las costumbres y en las diferencias sociales, y veremos cómo este continuo reajuste (usaremos el término ‘adecuación’) da lugar a escenarios y teorías que precisan un análisis integral a diferentes niveles.

Palabras Clave

Moda, Evolución, Comportamiento.

¿Por qué el hombre empezó a usar prendas de vestir?

En los últimos 60.000 años los seres humanos han ocupado gran parte del planeta, lo cual ha sido posible gracias a nuestra extraordinaria capacidad de adaptación a la mayoría de los ecosistemas existentes, a lo largo de los siglos, gracias a una serie de estrategias creativas y funcionales. Probablemente, nuestro éxito se debe a la capacidad, única, de acumular conocimientos y de transmitirlos a las generaciones sucesivas, perfeccionándolos o adaptándolos a nuevas funciones, con el objetivo de desarrollar instrumentos, prácticas y comportamientos adaptativos (Boyd et al., 2011). Descubrimientos arqueológicos muy recientes (Rose et al., 2011) demuestran que hace unos 100.000 años se iniciaron las primeras migraciones del Homo sapiens hacia el continente europeo; aunque un descubrimiento de este tipo abre un debate extremadamente variado, lo que nos interesa poner de manifiesto es que nuestros antepasados, debido a estas migraciones, se tuvieron que enfrentar a desafíos totalmente nuevos relacionados con los ecosistemas que se iban encontrando: basta pensar, por ejemplo, en el hecho de tener que defenderse de climas más severos y de predadores desconocidos hasta entonces, o al hecho de tener que cazar presas absolutamente nuevas. Estos nuevos escenarios constituyen un marco en el que colocar una explosión de estrategias de comportamiento sociales y tecnológicas que han permitido al hombre adaptarse, a menudo al cabo de mucho tiempo, a los nuevos ambientes. La ropa, por ejemplo, es un caso particular de evolución tecnológica, y ahora veremos por qué.

La cultura como adaptación

Los textos que se ocupan de reconstruir la historia y la evolución socio-cultural de las prendas de vestir se dedican, en la mayor parte de los casos, al rastreo de dicotomías entre el pasado y el presente, con una perspectiva de investigación sincrónica o diacrónica en relación con cada caso. En realidad, paralelamente a un análisis cognitivo calibrado en estos términos, existe al menos otro tipo de análisis: el que privilegia, como hemos sugerido anteriormente, las dinámicas de evolución de la moda a partir de la mera necesidad de cubrirse. Es cierto que no constituye una línea innovadora, no obstante, a menudo no es considerada como variable desde el punto de vista de la historia, de los ecosistemas y de la

cultura del mismo modo que el resto de las perspectivas de investigación. Una cuestión de este tipo nos obliga a dar un salto al pasado: ¿desde cuándo el hombre ha empezado a cubrirse? ¿Y cómo se ha pasado de una sencilla indumentaria a formas de tejido cada vez más elaboradas y sofisticadas? A la primera pregunta resulta muy difícil responder, aunque solo sea porque, evidentemente, las pieles de animales, que fueron las primeras prendas (sería más correcto decir protecciones), se deterioran rápidamente y se descomponen en tiempos relativamente breves. En consecuencia, ¿cómo contestar a este tipo de cuestiones? Aun sin el mínimo vestigio arqueológico, ¿existe un modo de establecer cuándo empezaron nuestros antepasados a envolverse en pieles de animales? Una respuesta interesante puede venir a partir de la genética: un primer estudio de Kittler y sus colegas (2003, 2004), que estudiaba la evolución del *Pediculus Humanus corporis* (el común Piojo de la ropa) en sus dos formas más conocidas, estableció que nuestros antepasados empezaron a proteger sus cuerpos hace unos 107.000 años. No obstante, estudios más recientes y precisos (Reed et al., 2011; Gilligan, 2010) sitúan ese momento más lejos en el tiempo, hace 180.000 años. La idea de estudiar la evolución de los piojos se debe al hecho de que estos parásitos están inextricablemente ligados al origen y a la evolución de los individuos que son sus víctimas. En otras palabras, en su evolución el piojo de las prendas de vestir (*Pediculus humanus corporis*) y el piojo del cabello (*Pediculus humanus capitis*) tendrían un antepasado común; a través de los análisis de genética bioquímica ha sido posible establecer cuándo la línea evolutiva de los primeros ha empezado a divergir respecto a la de los segundos, y considerando que el piojo de las prendas de vestir vive y se reproduce exclusivamente en estas (dando preferencia en particular al espacio entre las costuras y los pliegues), es posible datar de manera bastante precisa el momento en que el hombre empezó a vestirse.

La cultura “gravetiense”

A partir de estas consideraciones, el panorama histórico-evolutivo de la moda parece asumir contornos bastante distintos respecto a los que normalmente identificamos con líneas de estudio o de investigación exclusivas. El periodo gravetiense, término con el que se identifica la cultura del paleolítico correspondiente a un periodo entre 39.000 y 20.000 años atrás, es el escenario de una profunda innovación tecnológica que se corresponde asimismo con una importante transformación de las tecnologías líticas, que se traduce en una nueva y refinada elaboración de huesos y marfil y, sobre todo, en las primeras manifestaciones artísticas elaboradas; pero se observan igualmente profundas transformaciones de naturaleza social, que probablemente indican una disparidad profunda respecto a las dinámicas que regularon la vida socio-cultural de los grupos humanos precedentes: la posibilidad de dar el paso hacia una vida sedentaria, gracias a la disponibilidad de caza y de las primeras formas de conservación de la carne, así como de formas más sofisticadas de construcciones y de modalidades de auto-reglamentación dentro de los grupos, que se corresponde con la aparición de una cultura simbólica bastante elaborada y novedosa; así, desde un punto de vista social, las prendas de vestir asumen, con el nacimiento de las primeras formas jerarquizadas de los grupos humanos, un valor epistemológico relevante (Klein, 2009). El vestir se puede inscribir, a partir de este periodo histórico, dentro de un marco que no es exclusivamente funcional (es decir, destinado a satisfacer una necesidad fisiológica como es protegerse del frío), sino que se convierte en un símbolo relacional, es decir, que empieza a

comunicar algo.

Las prendas de vestir, por vez primera, asumen un valor socio-cultural, dentro del proceso de miles de años de lenta evolución creativa, llegando a reflejar una equivalencia prácticamente directa entre lo que se identifica como una superestructura (la prenda de vestir) y la infraestructura (la historia). En un célebre momento, que viene a cuento dentro del objeto de este ensayo, Barthes define la historia del traje con espléndida originalidad, definiendo la cultura como “sistema” y “proceso” al mismo tiempo, e identificando la indumentaria como un “equilibrio procesal”, con numerosas facetas, funciones, objetivos y “amplitudes” diferentes ligadas a dinámicas endógenas y exógenas respecto al propio sistema. Según Barthes, y estoy plenamente de acuerdo con él, resulta imposible estudiar la historia del traje sin un análisis que preserve forma y sustancia de estos múltiples determinantes.

Del grooming al clothing

Las sucesivas mutaciones sociales, como la centralización política, la estratificación social, la división del trabajo, el paso de grupos de cazadores-recolectores a sociedades sedentarias con un incremento importante de la complejidad organizativa, dan lugar a lo que podríamos definir como bocetos de las sociedades modernas, que permiten, por primera vez, a través de la adopción de sistemas prescriptivos y sancionadores cada vez más elaborados, la coordinación de poblaciones numerosas mediante la normativización de las costumbres. A este periodo pertenece la primera documentación histórico-arqueológica de trajes y máscaras que pueden ser considerados como una primera innovación gráfica y simbólica, y que testimonian y atestiguan un uso esencialmente mímico de una creatividad intrínsecamente ligada a un creciente refinamiento de la tecnología.

Dejando de lado las verdaderas revoluciones socio-económicas que han dado lugar a la sociedad tal y como hoy la conocemos (para una profundización sobre este tema, consúltese Bloch, 2000; Kuper, 1992; La Fontaine, 1985; Beattie, 1964; Evans-Pritchard, 1963; Lienhart, 1964), y ajustándonos al tema que nos interesa, pronto la moda empieza a evolucionar y a asociarse en cierto modo con la evolución y con los cambios sociales y culturales. Dentro de este marco semántico, la moda se convierte en un instrumento que crea niveles semasiológicos completamente nuevos, que echan por tierra las perspectivas interpretativas anteriores y construyen espacios innovadores que replantean los significados dentro de un simbolismo en el que se incluye un nuevo ritmo evolutivo de la sociedad, una remodelación de la pertenencia social, un modo nuevo de crear cultura y de experimentar formas estéticas absolutamente nuevas.

Un ejemplo extraordinario y muy oportuno nos lo ofrecen las fascinantes investigaciones de J. Marcus y K. Flannery (2004), que han recorrido la evolución del sistema de creencias con connotaciones religiosas en un arco de tiempo de unos siete mil años, durante las fases de desarrollo social de la población local en el valle de Oaxaca en México; aunque sería interesante incluir todo el estudio, me limitaré a comentar cómo los dos estudiosos han descubierto que, en un cierto momento, como consecuencia de lo que podríamos definir como una pequeña “revolución agrícola”, las poblaciones del valle de Oaxaca modificaron

radicalmente sus hábitos sociales asentándose y formalizando formas rituales cada vez más elaboradas. Tras un periodo de tiempo más bien breve, unos dos siglos, apareció una élite que vivía en grandes viviendas y que llevaba prendas decoradas con jade, mostrando así una clara división jerárquica. La última fase, la del imperio Zapoteco, se caracterizó por una mayor normativización del sistema de creencias y por la presencia de una casta nunca vista hasta entonces: los sacerdotes. Es interesante indicar cómo la evolución social, religiosa y simbólica en general sigue líneas paralelas y sistemáticas, y este estudio, precisamente por el tipo de corte adoptado, representa un análisis arqueológico, histórico, evolutivo, y antropológico realmente interesante.

Por los motivos que acabamos de enumerar, parece evidente que la investigación histórica sobre la moda, además de haber sido pospuesta (en el pasado), se sitúa asimismo sobre distintos planos interpretativos. El análisis comparado de estos niveles, además de proporcionar cuadros evolutivos, sociales y funcionales extremadamente completos, permite a los historiadores de cada periodo y de cada ámbito cultural, vincular, estudiar y analizar de un modo nuevo algunos hechos considerados periféricos respecto a la esencia del tema; lo que ocurre, en otras palabras, es que se empiezan a estudiar, finalmente, las respuestas y las estrategias que desarrollan los hombres para superar las dificultades dictadas por los ambientes en los que viven. Está claro que estas respuestas son múltiples, diversificadas (incluso dentro del mismo grupo social o dentro de la misma época), y resultan ser adaptaciones, puentes entre la presión del ecosistema y la resolución cultural, donde todo lo que es natural se convierte precisamente en cultural (cfr. Roche, 1997).

Lo que Roche quiere decir quizás diverge un poco de nuestros objetivos, pero sirve para que percibamos, de manera flagrante, la necesidad de complementar las líneas de investigación que se ocupan, sustancialmente, de la evolución y de la función de la moda en particular porque, parafraseando a Roche, los que construyen la historia de la moda no pueden contentarse con el uso de oposiciones dicotómicas tan cómodas como inadecuadas, sino que deben considerar la cultura como un sistema y un proceso con dimensiones institucionales e individuales, y con concretizaciones expresivas dentro de sistemas simbólicos particulares (Roche, 1989).

¿Distinción o pertenencia?

El punto crucial concerniente a la historia evolutiva de la moda se identifica a partir del propio significado que tiene una prenda de vestir: desde mi punto de vista, la moda sufre lo que podría definirse como una adecuación cultural, o, aún mejor, se convierte en un producto de la ontogenia: en otras palabras, el vestir adquiere una dimensión simbólica que no poseía antes, como estrategia para satisfacer una de las necesidades elementales maslowianas, es decir, vestirse para protegerse. Naturalmente, esta nueva estructuración simbólica está vinculada a la necesidad de imitación y diferenciación: no sabemos si las primeras sociedades adoptaron sistemas de reglamentación sobre una base democrática o tiránica, pero es posible suponer que las primeras formas de gobierno funcionasen como cleptocracias (Diamond, 1997), y, por dicho motivo, es prácticamente segura la presencia de una sustancial diferenciación social. De las primeras sociedades de las que tenemos una abun-

dante documentación histórica (romanos, griegos, egipcios, hititas, asirios, babilonios, sumerios, mayas, incas, aztecas) y prehistórica (Imperio Zapoteco) sabemos que existían clases sociales precisas; por ejemplo, es sabido que entre los romanos la túnica podía llevarla exclusivamente quien poseía la ciudadanía romana, y podían utilizarla representantes de los estamentos inferiores solo para ritos religiosos. Asimismo, los romanos distinguían entre indumenta (prenda en la que se entra) y amictus (prenda que sirve para envolverse). Los egipcios, por el contrario, además de la pertenencia al rango daban importancia también al aspecto cronométrico, motivo por el cual los muchachos, hasta la adolescencia e independientemente del rango, no usaban vestimentas, sino solo un taparrabos. Asimismo, durante todo el periodo del Reino Antiguo (2700-2200 a.C.), las mujeres no se representaban nunca con sandalias (Bard y Shubert, 1999). La vestimenta, como hemos visto, empieza a adoptar significados sociales que determinan inclusiones y exclusiones, distinciones y pertenencias. El mismo Simmel (1895) subraya que la moda satisface una necesidad de diferenciación presente en la inclinación humana hacia la variación, hacia la distinción respecto a todo aquello que es el otro.

Pero si, como en el caso egipcio, la vestimenta indica el paso de una edad a otra (Cfr. Van Gennep 1981; sed contra Allovio, 2006), resulta obvio el objetivo de estas dinámicas preceptivas (reglamentan las jerarquías), que en conjunto hacen explícita la relación que liga a los individuos con la sociedad (Blumer, 1969), lo cual manifiesta al mismo tiempo una profunda, intrínseca e involuntaria capacidad expresiva que, no obstante, puede convertirse también, como ha indicado Simmel, en un fenómeno antitético, cuando la moda se convierte en una especie de protección, un truco ideado para defenderse de la necesidad de concretar una expresividad real e individual. Desde este punto de vista, según Sellenberg, la moda no dañaría la esencia del individuo, su intimidad, sino que sería un hecho absolutamente superficial y transitorio que se convertiría, precisamente por estas características intrínsecas, en una defensa.

No obstante, si se analiza el fenómeno desde un punto de vista funcional, diversificar la vestimenta de acuerdo con la pertenencia de clases es un método, más bien económico, para normativizar los comportamientos de acuerdo con un descarte de categorías. En el fondo, las diferencias vienen determinadas, además de por epistemologías diversificadas, por diversas representaciones del mundo y por estructuras que dependen del contexto de pertenencia, y que establecen relaciones de subordinación particulares, como ya indicó Durkheim (1912; 2007)

Pero si se sostiene que la moda constituye un instrumento de control social, sería necesario explicar, al menos, sus principales dinámicas. Si la moda, citando a Simmel, es siempre moda de clases, es decir, un sistema para crear escalones de diferenciación entre las clases, entonces es necesario especificar que la expresión carece absolutamente de carácter metafórico. En otras palabras, hablando en estos términos parece que exista una especie de inevitable depauperación del libre albedrío, un ruinoso declive de la posibilidad de elección, donde todo se reduce al intento cíclico, casi siempre vano, por parte de las clases inferiores, de elevarse, por imitación, al rango de las clases superiores, o de redimirse. Mi punto de vista es menos drástico, y su línea global se parece solo parcialmente a la de

Mastro don Gesualdo del famoso escritor Giovanni Verga: creo que esta dinámica se puede explicar en términos de una segunda adecuación cultural. Pero atención: no siempre la adecuación debe ser necesariamente adaptativa o funcional, ya que puede, en términos de utilidad esperada o inmediata, producir resultados absolutamente distintos, sobre todo si se sitúa en contextos temporales, culturales o experimentales diferentes (para un interesante examen sobre la presunta falta de adaptación a largo plazo de ciertas adecuaciones culturales, consúltese Boyer, 2002). Si, a partir de un cierto momento, la moda no refleja ya ni la satisfacción de una necesidad natural ni la de una diferenciación social (funcional), se debe a un flujo y a un reflujo de las señales distintivas que caracterizan el estatus social y que transforma una dimensión funcional (en la forma doble que hemos visto) en una dimensión de adscripción; este punto de vista, que representa las tesis y las conclusiones de este ensayo, se discutirá de manera articulada y breve.

De la adecuación a la trans-sustanciación

A partir del escenario delineado hasta ahora, lo que se deduce es que el vestir, además de la esfera funcional (la primordial), ha alcanzado en su conjunto una esfera simbólica, ya estética ya comercial. El modisto que detenta el poder de modificar los valores sociales del objeto se convierte en una figura central en la imposición de determinados gustos o criterios estéticos: un triple salto evolutivo. Si el vestir nace con fines exclusivamente funcionales, y se adecúa con el objetivo de marcar diferencias de clase, la presión comercial provoca un fenómeno que va más allá: la competencia por acaparar nichos de mercado cada vez más amplios lleva a una profunda diferenciación de los productos ofrecidos en relación al objetivo al que se destinan; pero estas dinámicas económicas no hacen más que crear, a su vez, otras tantas estrategias estéticas con la consecuente, y profunda, manipulación de las representaciones (Bourdieu, 1971; 1975).

Volviendo al pensamiento de Simmel, se podría afirmar que el periodo actual es un periodo "sin estilo", ya que el incremento de tendencias estilísticas no ha creado una tendencia dominante, sino más bien la aparición de más estilos heterogéneos. No parece, por tanto, que se haga realidad el temor de la Escuela de Frankfurt respecto a una estandarización de los gustos, o a una homologación estética, ya que a lo que estamos asistiendo es a una enorme aparición de variedades estilísticas, fruto no solo de la creatividad humana sino también de lógicas normativas de carácter identificativo que probablemente, de manera inconsciente, esconden intereses subyacentes a la propia cultura.

Conclusiones: de la pertenencia a la apariencia

Parece evidente que el fenómeno de la moda, en relación con los aspectos que hemos examinado, y siendo conscientes de la existencia de una deuda explicativa respecto a la literatura interminable sobre este asunto y a la aparición de temas específicos, debería considerarse como una forma general de proceso cultural que funciona, socialmente, a niveles diversificados. Desde una forma arcaica, el vestir ha evolucionado paralelamente a las primeras formas de organización social con el objetivo inicial de marcar las jerarquías (favoreciendo procesos homeostáticos dentro de la sociedad y propedéuticos en relación con la

fortaleza de los grupos), es decir, la pertenencia a los distintos rangos sociales (Cfr. Hamilton 1963; Lehmann & Feldman, 2008). Es curiosa, aunque no sorprendente, la evolución que el vestir ha sufrido en poco menos de 10.000 años: de estrategia funcional a criterio social de selección individual y de pertenencia, y mediante estas diferenciaciones, los grupos que desean distinguirse se mantienen cohesionados: la forma de andar, el tiempo y el ritmo de los gestos viene determinado sin duda por la forma de vestir, alcanzando una profunda connotación estética y llegando a ser también, en su última evolución, un sistema económico; resulta particularmente interesante esta mutación, ya que la relación entre lo abstracto y la organización social se revela en la indiferencia de la moda como forma frente al significado de sus contenidos particulares, y en su paso, cada vez más decidido, a convertirse en una estructura económica con producción a escala social.

Desde este punto de vista, la moda se convierte en un criterio de categorización y apropiación de la realidad. ¿Pero en qué sentido se convierte en construcción social (y cultural) de la realidad? Esta última expresión fue introducida por Peter Berger y Thomas Luckman que, sin embargo, habían dirigido sus estudios hacia un análisis puramente fenomenológico de las formas y de las estructuras que puede adoptar la experiencia intersubjetiva en la vida cotidiana; independientemente del hecho de que se haga énfasis sobre el aspecto distintivo o sobre el conformista, la tensión entre ambos polos es en cualquier caso manifiesta. La moda es construcción social cuando se traduce en mecanismo de control y estratificación social, sufriendo una segunda adecuación cultural que añade al criterio de la pertenencia el de la apariencia. Esto no debe hacer pensar que la moda actúa de manera sincrónica, ya que la dimensión del cambio (la diacrónica) se encuentra en un tumulto perenne, aunque mantenga invariables las modalidades a través de las cuales la moda actúa en la sociedad; llegados a este punto y para concluir, me gustaría proponer una explicación causal del fenómeno, insertándolo dentro de una descripción epidemiológica a partir de una idea de Sperber (Sperber, 1996). La moda, como ya se ha visto, ha sufrido diversas manipulaciones en términos de funcionalidad, conservando, no obstante, su carácter de concreción particular de una serie de representaciones culturales, y convirtiéndose, a menudo, en un caso límite de transformación. La tendencia a la asimilación que tanto interesaba a Simmel, tiene una implicación claramente psicológica; tanto es así que el sociólogo alemán llega a comparar la imitación con una herencia psicológica, asumiendo la forma de una especie de transmisión del comportamiento desde la vida de grupo a la del individuo.

Como ya se ha dicho en varias ocasiones, y en armonía con la idea propuesta, para Simmel la moda nace con el objetivo de distinguir y diferenciar a los individuos en relación con la pertenencia a un rango social en un continuum de innovación y emulación. Dentro de este marco falta, quizás, un aspecto en mi opinión esencial: la consciencia de la adopción de esquemas de comportamiento precisos. Si la moda en estos términos es una manifestación aberrante, en algunos aspectos antidemocrática y poco popular (Blumer, 1969), es debido a una serie de mutaciones estructurales que con el tiempo han convertido la función inicial de la moda en un anacronismo, o en una incorrecta adaptación social, porque si por una parte puede ser verdad que la moda representa un tipo perenne de tensión emotiva y de fuerza psicológica por parte de las clases sociales para distinguirse entre sí, adoptando estilos o accesorios (a menudo nada ergonómicos) efímeros, por otra resulta

oportuna una contextualización histórico-evolutiva respecto a las funciones sociales originales de la moda, ya que

[...] por otro lado, una clasificación es un sistema cuyas partes quedan dispuestas según un orden jerárquico. Hay caracteres dominantes y otros subordinados a los primeros; las especies y sus propiedades características dependen de los géneros y de los atributos que los definen; o bien, las diferentes especies de un género son concebidas como si estuvieran situadas al mismo nivel. Si nos situamos preferentemente en el punto de vista comprensivo, entonces nos representamos las cosas según un orden invertido: en lo alto quedan dispuestas las especies más particulares y ricas en propiedades, en lo bajo los tipos generales y probes en cualidades. Pero no dejamos de representárnoslas bajo una furma jerárquica. Y es preciso preservarse de la creencia de que la expresión no tiene en este caso más que un sentido metafórico: una clasificación y coordinación, y el hombre no habría ni siquiera pensado en ordenar sus conocimientos de esta manera si no hubiera sabido previamente lo que es una jerarquía.

Ahora bien, ni la observación de la naturaleza física, ni el mecanismo de los procesos de asociación mental habrían podido proporcionarnos la idea. La jerarquía es algo exclusivamente social. Tan sólo en la sociedad existen los superiores, los inferiores, los iguales. Por consiguiente, aun cuando los hechos no fueran demostrativos hasta este punto, sólo el análisis de estas nociones nos bastaría para revelar su origen. Las hemos tomado de la sociedad para proyectarlas posteriormente sobre nuestra representación del mundo. Es la sociedad quien ha proporcionado el croquis sobre el que trabaja el pensamiento lógico. Durkheim (2007: 238)

Este croquis, además, constituye una especie de invitación a comparar la investigación sociológica con un estudio histórico-evolutivo, en el que por evolutivo se entiende el análisis de ciertos aspectos de la evolución cultural dentro de consideraciones de carácter general. Existe una necesidad cada vez más apremiante de desdibujar los límites de la investigación psicológica, permeabilizándolos a contribuciones de disciplinas diversas que, como espero que haya quedado evidenciado, consiguen que el cuadro se enriquezca en matices y detalles. Debe quedar claro que esto no significa que debe olvidarse el “punto de vista sociológico”, sino, al contrario, significa imprimirle una mayor fuerza, y, sobre todo, poner el acento sobre la necesidad de investigaciones adicionales y mejoradas sobre la historia de la evolución socio-cultural del hombre, probablemente uno de los campos de investigación más fascinantes de la sociología.

Bibliografía

ALLOVIO, S. (2006), *La Foresta di Alleanze. Popoli e riti in Africa Equatoriale*, Roma-Bari, Laterza.

BARD, A.K. y SHUBERT, S. K. (1999), *Encyclopedia of the archaeology of ancient Egypt*, New York, Routledge.

- BARTHES, R. (1998), *Scritti. Società, testo, comunicazione*, Torino, Einaudi.
- BLUMER, H. (1969), "Moda: da differenziazione di classe a selezione collettiva", en *Sociological Quarterly*, 10: 275-291.
- BOURDIEU, P. (1971a), "Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe", en *Cahiers de recherches de l'École normale supérieure*, 1: 7-26.
- BOURDIEU, P. y DELSAULT, Y. (1975), "Le couturier et sa griffe, contribution à une théorie de la magie", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, a. I, 1: 7-36.
- BOYD, R.; RICHERSON, P. J. y HENRICH, J. (2011), "The cultural niche: Why social learning is essential for human adaptation", en *PNAS* June 28, 2011 vol. 108 no, supplement 2: 10918-10925.
- BOYER, P. (2002), *Religion Explained*, New York , Basic Books.
- DIAMOND, J. (1997), *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, New York , W.W. Norton & Co.
- DURKHEIM, E. (2007), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Ediciones Akal.
- GILLIGAN, I. (2010), "The prehistoric development of clothing: archeological implications of a thermal model", en *Journal of Archaeological Method and Theory*, 17:15–80.
- HAMILTON, W. D. (1963), "The Evolution of Altruistic Behavior", en *The American Naturalist*, Vol. 97, No. 896 (Sep. - Oct., 1963): 354-356.
- KITTLER, R.; KAYSER, M. y STONEKING, M. (2003), "Molecular evolution of *Pediculus humanus* and the origin of clothing", en *Current Biology*, 13:1414–1417.
- KITTLER, R.; KAYSER, M. y STONEKING, M. (2004), "Molecular evolution of *Pediculus humanus* and the origin of clothing", en *Current Biology*, n. 14: 2309.
- KLEIN, R. (2009), *The Human Career: Human Biological and Cultural Origins*, Third Edition, Chicago , University of Chicago Press.
- LEHMANN, L. y FELDMAN, M.W. (2008), "The co-evolution of culturally inherited altruistic helping and cultural transmission under random group formation", en *Theoretical Population Biology* 73 (4): 506-516.
- MARCUS, J. y FLANNERY, V. K. (2004), "The coevolution of Ritual and Society: New 14C Dates from Ancient Mexico", en *Proceedings of the National Academy of Sciences*

ces:18252-18261.

REED, D. L.; TOUPS, M. A.; KITCHEN, A. y LIGHT, J. E. (2011), "Origin of Clothing Lice Indicates Early Clothing Use by Anatomically Modern Humans in Africa", en *Molecular Biology and Evolution* 28 (1): 29–32.

ROCHE, D. (1981), *La culture des apparences*, Parigi, Fayard.

_____ (1997), *Histoire des choses banales. Naissance de la Société de consommation*, (Paris: A. Fayard), XVIIIe-XIXe siècle.

ROSE, J.I.; USIK, V.I.; MARK, A.E.; HILBERT, Y.; GALLETTI, C.S.; et al. (2011), "The Nubian Complex of Dhofar, Oman: An African Middle Stone Age Industry in Southern Arabia", en *PLoS ONE* 6(11): e28239. doi:10.1371/journal.pone.0028239.

SIMMEL, G., (1998), *La moda*, Milano, Mondadori.

SPERBER, D. (1996), *La Contagion des Idées*, Parigi, Odile Jacob.

VAN GENNEP, A. (1986), *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus.